

OTRAMENTE: LECTURA Y ESCRITURA FEMINISTAS

Coordinación de
MARINA FE

Presentación de
MARISA BELAUSTEGUIGOITIA
y MARINA FE

Introducción de
CHARLOTTE BROAD



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS
DE GÉNERO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

PRESENTACIÓN

Esta antología es producto del trabajo del Seminario Interdisciplinario de Escritura Feminina (SIEF), organismo integrado por profesoras de literatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cuyo principal objetivo ha sido la discusión en torno a la crítica literaria feminista y la especificidad de la escritura femenina.

El SIEF, registrado en la DGAPA entre 1991 y 1993 y en el Centro de Apoyo a la Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras a partir de 1993, surgió de la necesidad de crear un espacio académico donde se pudieran leer y analizar textos literarios escritos por mujeres, los cuales, al no pertenecer al canon establecido, permanecían relativamente al margen de los cursos regulares de literatura, así como de los materiales de estudio universitarios. Lo mismo sucedía con la teoría y la crítica literaria feministas, particularmente con aquellos trabajos que requerían ser traducidos a nuestra lengua.

Como es natural, la composición del SIEF ha variado a través de los años. Al grupo original, que empezó a reunirse informalmente alrededor de una taza de café para discutir sobre los temas que nos inquietaban en torno a las mujeres y la literatura, se fueron agregando más profesoras, investigadoras y estudiantes (¡y hasta uno que otro profesor, heroicamente interesado en la temática relativa a las mujeres!). Las integrantes actuales del SIEF, las que han logrado llegar al final —o casi— de este trabajo de compilación y traducción son Marisa Belausteguioitia, Flora Botton, Charlotte Broad, Julia Constantino, Eva Cruz, Marina Fe, Nattie Golubov, Claire Joysmith, Claudia Lucotti y Argentina Rodríguez. En diferentes épocas de nuestra labor (antes incluso de que nos llamáramos SIEF) asistieron también a nuestras reuniones Anamari Gomis (a quien se debe la idea original de constituir este grupo de estudio), Gabriel Weisz, Patricia Argomedeo, Mirta Bicecci (quien nos dio un apasionante y difícilísimo seminario sobre Lacan), Claudia García y Daniela Michel. Por último, en el lugar de honor, una mención y agradecimiento muy especial a

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

D. R. © 1999, PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GÉNERO
D. R. © 1999, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNAM
Círculo Escolar, Ciudad Universitaria
04510 México, D. F.

D. R. © 1999, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14200 México, D. F.
www.fcc.com.mx

ISBN 968-16-528-1

Impreso en México

de que hubo momentos en que casi abandonó el proyecto. Pero poco a poco "surgió de todo este esfuerzo un amor tan nuevo como sorprendente, un amor como nunca había imaginado con mis lecturas previas: un amor por la habilidad, por la destreza de poder entender de manera clara en mi mente y luego en mis escritos lo que un gran escritor había logrado con éxito en su obra" (Booth, p. 315). A la larga, el niño, ya adulto, obtuvo su doctorado y después de dar clases durante 13 años en pequeñas universidades regresó a la institución donde se había doctorado y se convirtió en uno de sus profesores eminentes.

Booth remata su narración con una cita de *The Autobiography of Malcolm X*. Fue en la cárcel donde Malcolm aprendió a leer:

Por primera vez podía tomar un libro y ahora sí comenzar a entender lo que el libro decía. Cualquiera que haya leído mucho podrá imaginarse el nuevo mundo que descubrí. Déjeme decirles algo: desde entonces hasta que dejé esa prisión, cada momento libre que tenía me lo pasaba leyendo en la biblioteca o en mi camastro [...] Pasaron meses sin que siquiera pensara acerca de mi encarcelamiento. De hecho hasta entonces nunca me había sentido tan libre. [Cita de Booth, p. 317.]

"Quizá —dice Booth— si recuerdan ahora la historia de mi familia acerca del bisabuelo Booth, comprenderán cómo la lectura del despertar de Malcolm X se asocia de manera directa con los orígenes de mi propio 'amor enloquecido' [por los libros]". (p. 317).

B. Cuando leí el pasaje de Malcolm X citado en el discurso de Booth me intrigó la elipsis. Me preguntaba qué se había omitido. ¿Qué puntos del original iban más allá de las necesidades de un discurso del presidente de la MLA? Al revisar encontré que la oración completa decía: "Entre las enseñanzas del señor Muhammad, mi correspondencia, mis visitas —generalmente Ella y Reginald— y mis lecturas, pasaron meses sin que siquiera pensara acerca de mi encarcelamiento".³ Es claro que lo que resultaba disonante era la primera frase. Esta referencia al líder de los

³ *The Autobiography of Malcolm X*, escrito en colaboración con Alex Haley, Grove Press, Nueva York, 1964, p. 173. Las referencias subsiguientes están citadas entre paréntesis o entre corchetes en el texto.

IV. LEYÉNDOS(NOS) NOSOTRAS MISMAS: HACIA UNA TEORÍA FEMINISTA DE LA LECTURA¹

PATROCINIO P. SCHWEICKART*

TRES HISTORIAS DE LA LECTURA

A. Wayne Booth comienza su conferencia para la Convención de la Modern Language Association (MLA) de 1982 examinando y rechazando varios mitos aparentemente razonables que nos permitirían "dramatizar no sólo nuestra ineludible pluralidad, sino también la validez de ese sentimiento de que (como maestros/as y estudiosos/as de literatura y redacción) pertenecemos a un mismo grupo, pues de alguna manera trabajamos un tema común". Finalmente se decide por una historia que "quizá se acerque lo suficiente a nuestras experiencias compartidas como para que se justifique contarla".²

Había una vez un niño que se enamoró de los libros. De pequeño había oído una y otra vez la leyenda de su bisabuelo, un tejedor laborioso, cuya sed de conocimiento era tan grande que inventó un método para trabajar en el telar con una mano, las piernas y los pies, dejando así libre la otra mano para sostener un libro, y trabajó con tanta constancia en esta posición torcida que quedó inválido para siempre. El niño oyó otras historias acerca de la importancia de la lectura. Llegó a pensar que la salvación se hallaba en los libros. A los seis años leyó *El mago de Oz* —su primer libro *de verdad*— y fue premiado por su tía abuela Manda con un dólar.

Cuando este niño creció quiso ser profesor de literatura. Su iniciación en este campo fue en extremo rigurosa, al punto

* Me gustaría reconocer mi deuda con David Schweickart por el importante trabajo editorial que realizó para este capítulo.

¹ En Elaine Showalter (ed.), *Speaking of Gender*, Routledge, Nueva York/Londres, 1989.

² Wayne Booth, conferencia inaugural, "Arts and Scandals 1982", *PMLA*, 98, 1983, p. 313. Las referencias subsiguientes a este ensayo están citadas entre paréntesis o entre corchetes en el texto.

malafamados Musulmanes Negros sugiere una historia de la lectura muy distinta de la de Booth. Así es como lo cuenta Malcolm X. Mientras cumplía una condena en la Norfolk Prison Colony se le ocurrió la idea de aprender a leer copiando un diccionario.

Con mi letra lenta, esmerada, desigual, copié en mi libreta todo lo que aparecía en esa primera página, incluyendo la puntuación [...] Luego me leía a mí mismo en voz alta todos mis apuntes [...] Despertaba a la mañana siguiente pensando en estas palabras [...] De esa forma comencé a copiar lo que con el tiempo se convirtió en el diccionario completo [p. 172].

Después de copiar el diccionario, Malcolm X comenzó a leer los libros de la biblioteca de la cárcel. "Ninguna universidad pediría a estudiante alguno devorar la literatura como lo hice yo cuando se me reveló este nuevo mundo de poder leer y *entender*" (p. 173). La lectura le había cambiado el curso de su vida. Años después reflexionaría acerca de cómo "la capacidad para leer despertó en mí un deseo largamente dormido de estar mentalmente vivo" (p. 179).

¿Qué leía? ¿Qué entendía? Leyó *Descubrimientos en genética* de Gregorio Mendel que lo ayudó a entender "que si uno par-tía de un hombre negro, se podía llegar a producir un hombre blanco; pero si se partía de un hombre blanco, no se podía producir un hombre negro, pues el cromosoma blanco es recesivo. Y como nadie discute que hubo un solo Hombre Original, la conclusión es clara" (p. 175). Leyó historia, libros de Will Durant y Arnold Toynbee, de W. E. B. du Bois y Carter G. Woodson, y vio cómo "la gloriosa historia del hombre negro" había sido "borrada con blanqueadores" de los libros de historia escritos por los hombres blancos.

[Sus] ojos se abrieron gradualmente, y luego cada vez más, y vio cómo los hombres blancos del mundo habían sin duda actuado como diablos, saqueando, violando, desangrando y drenando a toda la población no blanca del mundo [...] Nunca me olvidaré de lo espantado que quedé cuando comencé a leer acerca de todos los horrores de la esclavitud [...] Los crímenes más monstruosos del mundo, los pecados y la sangre en las manos de los blancos son casi imposibles de creer [p. 175].

Leyó filosofía —las obras de Schopenhauer, Kant, Nietzsche y Spinoza— y llegó a la conclusión de que "toda la corriente de la filosofía occidental se hallaba ahora en un callejón sin salida", como resultado de la "compleja y neurótica necesidad del hombre blanco por esconder el verdadero papel del hombre negro en la historia" (p. 180). Malcolm X leyó de manera voraz, y con cada libro confirmaba la verdad de las enseñanzas de Elijah Muhammad: "Es un crimen esta mentira que se ha contado durante generaciones tanto a hombres negros como blancos [...] Inocentes niños negros que crecían, vivían, morían de viejos, toda la vida avergonzados de ser negros. Pero ahora la verdad está saliendo a relucir" (p. 181).

La historia de Wayne Booth conduce al salón Cristal del Hotel Biltmore en Los Ángeles, donde lo vemos mientras pronuncia su discurso presidencial para los miembros de la Modern Language Association. El amor de Malcolm X por los libros lo llevó en una dirección distinta, al estrado del salón Audubon en Harlem, donde fue asesinado cuando estaba por dirigirse a una reunión multitudinaria de la Organización de la Unidad Afroamericana.

C. Como hemos visto, una elipsis conecta la historia de Wayne Booth acerca de la lectura con la de Malcolm X. Otra elipsis, aunque no se manifieste gráficamente, marca la existencia de una tercera historia. La sorprendente lectura que hace Malcolm X de la genética mendeliana no toma en cuenta el hecho más rudimentario de la reproducción humana: se trata de un hombre negro o de un hombre blanco, sin una mujer no se logra *nada*. Un trozo de *Una habitación propia* de Virginia Woolf res-tituye esta perspectiva omitida.

La heroína, llamémosla Mary, dice Woolf, va al Museo Británico en busca de información sobre las mujeres. Ahí descubre con mortificación que la mujer es "¿quizá el animal del universo del que más se habla?"

¿Por qué dice Samuel Butler: "Los hombres sensatos nunca dicen lo que piensan de las mujeres"? Los hombres sensatos nunca hablan de otra cosa, por lo visto [...] ¿Se las puede educar o no? Napoleón pensaba que no. El doctor Johnson pensaba lo contrario. ¿Tienen alma o no la tienen? Algunos salvajes dicen que no tienen. Otros, al contrario, afirman que las mujeres son medio divinas y las adoran por este

motivo. Algunos sabios sostienen que su inteligencia es más superficial; otros que su conciencia es más profunda. Goethe las honró; Mussolini las desprecia. Mirara uno donde mirara, los hombres pensaban sobre las mujeres y sus pensamientos diferían.⁴

Triste y confundida, Mary se da cuenta inconscientemente de que ha dibujado algo en su cuaderno, la cara y la figura del profesor von X, dedicado a la tarea de escribir su obra monumental *La inferioridad mental, moral y física del sexo femenino*. "Su expresión sugería que trabajaba bajo el efecto de una emoción que le hacía clavar la pluma en el papel, como si hubiera estado aplastando un insecto nocivo mientras escribía, pero cuando lo hubo matado todavía no se dio por satisfecho; tuvo que seguir matándolo [...] Un ejercicio psicológico muy elemental [...] me mostró [...] que el dibujo del profesor era obra de la cólera" (p. 45).

Nada inusual en eso, piensa ella, dada la provocación. Pero "¿Cómo explicar la cólera de los profesores? [...] Porque cuando me puse a analizar la impresión que me habían dejado aquellos libros [...] a menudo había presente otro elemento, que no pude identificar inmediatamente. Cólera, lo llamé [...] A juzgar por sus extraños efectos, era una cólera disfrazada y compleja, no una cólera simple y declarada" (pp. 46-47).

Desencantada con los profesores y los ensayistas, Mary se concentra en los historiadores. Pero aparentemente las mujeres no tuvieron un papel importante en la historia. La poca información que encuentra Mary es preocupante; leo: "Golpear a la esposa [...] era un derecho reconocido del hombre y lo practicaban sin avergonzarse tanto las clases altas como las bajas" (p. 60). Llama la atención que la literatura presente un cuadro contradictorio.

En realidad, si las mujeres no hubieran existido más que en las obras escritas por los hombres, se las imaginaría uno como una persona importantísima; polifacética; heroica y mezquina; espléndida y sórdida, infinitamente hermosa y horrible a más no poder; tan grande como el hombre, y según algunos aún más grande. Pero ésta es una mujer de la literatura. En la realidad, como señala el profesor Treve-

⁴ Virginia Woolf, *Una habitación propia*, trad. Laura Pujol, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, 1980, p. 42. Las referencias subsecuentes están citadas entre paréntesis o entre corchetes en el texto.

lyan, la encerraban bajo llave, le pegaban y la zarandeaban por la habitación (p. 62).

Por fin, Mary no puede llegar más que a una conclusión con sus lecturas. No se puede confiar en profesores, historiadores y poetas del sexo masculino para saber la verdad acerca de las mujeres. La mujer misma debe hacerse cargo del estudio de la mujer. Claro está que para poder hacerlo debe asegurarse dinero suficiente para vivir y una habitación propia.

No debemos olvidar que la historia de Booth está contada dentro de un marco de ritual profesional. Busca recordarnos "los amores y temores que moldean nuestro trabajo cotidiano" y "lo que podemos hacer cuando en verdad nos esforzamos" para mostrarnos si bien no una unidad, al menos un "centro" que nos hará sentirnos avergonzados cada vez que no lo respetemos. El motivo principal del mito es el amor enloquecido que siente el héroe por los libros, y la manera en que esto evoluciona con la educación y la madurez para convertirse en un "entendimiento crítico", que Booth define como la síntesis del pensamiento y la pasión que debería remplazar, "por un lado, a las identificaciones sentimentales y acrílicas que dejan a la mente en calma, y por el otro, a negaciones hipercríticas que congelan o alienan" (pp. 317-318). Booth está seguro de que la experiencia que celebra el mito es arquetípica. "Cualquiera que sea el término que usemos para ella, cualesquiera que sean nuestras teorías acerca de cómo sucede o por qué no sucede más a menudo, ¿podemos de manera razonable dudar acerca de la importancia del momento, en cualquier nivel de estudios, cuando cualquiera de nosotros —usted, yo, Malcolm X, mi bisabuelo— logra penetrar en otras mentes, tomarlas para sí como alimento para su propia mente?" (p. 318).

Ahora bien, aunque sí es cierto que algo que podríamos llamar "entendimiento crítico" se halla presente en las historias contadas por Malcolm X y Virginia Woolf, estos autores adjudican a este término pensamientos y pasiones que uno nunca hubiera imaginado a partir de la definición de Booth. Desde la perspectiva de la segunda y la tercera historia de Booth, la historia de Booth es utópica. Los poderes y los recursos de su héroe están a la altura de los desafíos con los que se topa. En cada

etapa se encuentra con mentores adecuados. Tanto la gente que lo rodea como los libros que lee y todo el entorno cultural le aseguran que está hecho para el papel que le toca desempeñar. Sus talentos y sus habilidades son reconocidos y recompensados como merecen. En resumen, desde la perspectiva de las historias de Malcolm X y Woolf, el héroe de Booth resulta asombrosamente privilegiado.

Utopico tiene un segundo significado que no es de ninguna manera peyorativo, y la historia de Booth también es utópica en este sentido. Al pasar por alto las realidades que se subrayan en las historias de Malcolm X y Virginia Woolf, la historia de Booth anticipa lo que podría llegar a ser posible, lo que un "entendimiento crítico" podría significar para *todos*, si lográramos vencer las profundas injusticias sistemáticas de nuestro tiempo.

LA TEORÍA DE LA RESPUESTA DEL LECTOR Y LA CRÍTICA FEMINISTA

La crítica de la teoría de la respuesta del lector, tal como está constituida hoy día, es utópica en los mismos dos sentidos. Las distintas versiones acerca de la experiencia de lectura que se han ofrecido pasan por alto las cuestiones de raza, clase y sexo, y no permiten entrever los conflictos, sufrimientos y pasiones que acompañan a estas realidades. El tono relativamente tranquilo de estas teorías es testimonio de la posición privilegiada de la que gozan esos teóricos. Quizá algún día cuando los privilegiados hayan casi desaparecido, o al menos estén distribuidos de manera más equitativa, algunas de estas teorías sonarán más reales. Sería bueno que pudiéramos hablar de lectura sin preocuparnos por las injusticias. Pero por ahora la crítica de la respuesta del lector debe enfrentarse a las preocupantes implicaciones de nuestra realidad histórica. De manera paradójica, las teorías utópicas que pasan por alto estas realidades traicionan los impulsos utópicos que las alimentan.

Para decirlo claramente, la crítica de la teoría de la respuesta del lector necesita de la crítica feminista. Estas dos aún no se han vinculado de manera seria y sostenida, pero si la primera quiere cumplir con su misión, este encuentro deberá ocurrir a la brevedad. Resulta interesante que la pregunta obvia acerca del

significado que tiene el género ya se haya hecho, aunque —y esto es testimonio del creciente impacto de la crítica feminista, además de la presión ideológica directa del tema del género sobre la crítica de la teoría de la respuesta del lector— no por una crítica feminista sino por Jonathan Culler, un eminente teórico de la lectura: "Si la experiencia de la literatura depende de las cualidades de una persona lectora, podría preguntarse qué diferencia habría en la experiencia de la literatura, y por lo tanto en el significado de la literatura, si esta persona fuera, por ejemplo, mujer en vez de varón. Si el significado de una obra es la experiencia de un lector, ¿qué diferencia hay si ese lector es una mujer?"⁵

Hasta hace poco esta pregunta no se les había ocurrido a los críticos de la teoría de la respuesta del lector. Han estado involucrados con otros temas. Aquí el estudio de Culler acerca de lo que sucede dentro de este campo resulta instructivo, ya que nos permite anticipar el rumbo que la teoría de la respuesta del lector pudiera llegar a tomar al ser despertada de su sueño por la crítica feminista. Según Culler, los diferentes modelos (o "historias") que se han propuesto están todos organizados en torno a tres problemas. El primero es la cuestión del control: ¿el texto controla al lector o viceversa? Para David Bleich, Norman Holland y Stanley Fish, el lector posee un interés que ejerce el control. Los lectores leen los poemas que han creado. Bleich es el que insiste con más énfasis en este punto. Las limitantes impuestas por las palabras impresas son "triviales", ya que su sentido puede ser modificado por una "acción subjetiva". Insistir en que el texto apoya una lectura entre varias es sólo "insistir de manera moralizante [...] que la objetivación propia tiene más autoridad que la de los otros".⁶ En el otro extremo se hallan Michael Riffaterre, Georges Poulet y Wolfgang Iser, quienes reconocen el papel creativo del lector, pero en última instancia consideran al texto como la fuerza dominante. Leer, desde esta perspectiva, es

⁵ Jonathan D. Culler, *Sobre la desconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*, trad. Luis Cremades, Cátedra, Madrid, 1984, p. 42. Las referencias subsecuentes están citadas entre paréntesis en el texto. El ensayo de Wayne Booth, "Freedom of Interpretation: Bakhtin and the Challenge of Feminist Criticism", en *Critical Inquiry*, 9, 1982, pp. 45-76, es otro buen presagio del impacto del pensamiento feminista sobre la crítica literaria.

⁶ David Bleich, *Subjective Criticism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978, p. 112.

crear al texto siguiendo *sus* propios lineamientos. Como dice Poulet, cuando un texto se halla investido de la subjetividad del lector se convierte en un "objeto subjetivizado", un "segundo ser" que depende del lector, pero que no es, en sentido estricto, idéntico a "éste". Por lo tanto, la lectura "es una forma de ceder no sólo ante una hueste de palabras, imágenes e ideas que nos son ajenas, sino también ante el principio ajeno en sí que las emite y las alberga [...] Estoy prestado a otro, y este otro piensa, siente, sufre y actúa dentro de mí".⁷ Culler argumenta de manera convincente que, independientemente de sus notorios compromisos teóricos, las historias sobre la lectura que prevalecen hoy oscilan por lo general entre los polos de un lector dominante y un texto dominante. De hecho, aquellos que enfatizan la subjetividad del lector en oposición a la objetividad del texto plantean en última instancia que el texto determina la respuesta del lector. "De hecho, cuanto más activa, proyectiva o creativa sea la lectora, más será manipulada por la frase o por el autor" (Culler, p. 68).

La segunda cuestión de importancia en las teorías de la lectura está muy ligada a la primera. La lectura siempre involucra a un sujeto y un objeto, a un lector y un texto. Pero ¿en qué radica la objetividad de un texto? ¿Qué es lo que se halla "dentro" del texto? ¿Qué aporta el lector? Nuevamente, las respuestas han sido ambiguas. Y es por ello que la situación parece requerir de una teoría dualista que reconozca las contribuciones del texto y del lector. Sin embargo, Culler plantea que una teoría dualista da lugar finalmente a una teoría monista, en donde un extremo o el otro aporta todo. Por ejemplo, uno podría decir que la teoría de Iser argumenta a favor del papel determinante del texto y la autoridad del autor: "El autor garantiza la unidad de la obra, pide la participación creativa del lector, y por medio de su texto 'dota' previamente de estructura a la forma del objeto estético que el lector producirá".⁸ Al mismo tiempo, también se puede argu-

⁷ Georges Poulet, "Criticism and the Experience of Interiority", trad. Catherine y Richard Macksey, en *Reader-Response Criticism: From Formalism to Structuralism*, Jane Tompkins (ed.), Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980, p. 43. La teoría de Poulet no figura entre las discutidas por Culler. Sin embargo, ya que nos será de utilidad más tarde, lo menciono aquí.

⁸ Samuel Weber anticipó este argumento en "The Struggle for Control: Wolfgang Iser's Third Dimension", citado por Culler en *Sobre la desconstrucción*, p. 71.

mentar que las "lagunas" que estructuran la respuesta del lector no forman parte del texto, sino que aparecen (o no aparecen) como resultado de una estrategia interpretativa específica utilizada por el lector. Así pues, "no hay una distinción entre lo que ofrece el texto y lo que aporta el lector; el lector aporta todo".⁹ Dependiendo de cuáles aspectos de la teoría tome uno más en serio, la teoría de Iser se convierte en un monismo del texto o en un monismo del lector. El tercer problema que identificó Culler trata del fin de la historia. La mayoría de las veces las historias de la lectura tienen un final feliz. "La lectura puede estar manipulada o malencaminada, pero cuando se acaba el libro la experiencia se convierte en conocimiento [...] como si acabar el libro exonerase a los lectores de la experiencia de la lectura y les diera un dominio sobre ella" (p. 74). Sin embargo, algunos críticos —Harold Bloom, Paul de Man y Culler mismo— encuentran cuestionables estos finales y en su lugar prefieren historias que hagan hincapié en la imposibilidad de leer. Si, como dice De Man, la retórica pone "un obstáculo insalvable en el camino de toda lectura o entendimiento", entonces el lector "puede encontrarse en situaciones imposibles donde no hay ninguna salida feliz, sino únicamente la posibilidad de actuar los papeles dramatizados en el texto" (Culler, p. 76).

Éstas han sido las preocupaciones predominantes de la crítica de la teoría de la respuesta del lector durante la última década y media. Antes de señalar cómo las críticas feministas podrían afectar esta discusión, voy a tomar en cuenta una objeción. Un influyente ensayo aparecido hace poco de Elaine Showalter sugiere que no deberíamos participar en absoluto en esta discusión. Observa que durante sus fases más tempranas, la forma predominante de crítica feminista era "el análisis y la discusión críticos", los cuales no resultaban muy coherentes a nivel ideológico en su intención y se preocupaban más bien por la feminista como *lectora*. Felizmente, ya hemos superado este enfoque teóricamente necesario pero poco prometedor. Hoy en día, el modo dominante de la crítica feminista es la "ginocrítica", el estudio de la mujer como *escritora*, de la "historia, los estilos, te-

⁹ Stanley E. Fish, "Why No One's Afraid of Wolfgang Iser", en *Diacritics*, 11, 1981, p. 7. Citado por Culler en *Sobre la desconstrucción*, p. 71.

Por otra parte, existen buenas razones para que la crítica feminista se vincule con la crítica de la teoría de la respuesta del lector. Ambas cuestionan el objeto de arte convertido en fetiche, el "icono verbal" de la *New Criticism* estadounidense, y ambas buscan acabar con la ilusión objetivista en la que se basa la autoridad de la tradición crítica dominante. La crítica feminista puede tener un impacto considerable sobre la crítica de la teoría de la respuesta del lector, ya que, como apunta Culler, sólo hay un pequeño paso entre la tesis de que el lector es un activo productor de significados y reconocer que existen muchos tipos de lectores, y que las mujeres —aun cuando no fuera más que por razones numéricas— constituyen una clase esencial. Los críticos de la teoría de la respuesta del lector no pueden refugiarse en la objetividad del texto, ni siquiera en la idea de que es posible una crítica neutral desde una perspectiva de género. Hoy en día sólo pueden seguir ignorando las implicaciones de la crítica feminista corriendo el riesgo de caer en la incoherencia o en la deshonestidad intelectual.

Es igualmente cierto que las críticas feministas necesitan cuestionar su lealtad hacia paradigmas críticos centrados en el texto o en el autor. No debemos olvidar que la crítica feminista es una forma de *praxis*. La cuestión es no sólo interpretar la literatura de diversas formas, sino también *cambiar al mundo*. No podemos dejar de lado la actividad de la lectura, pues es aquí donde la literatura se realiza como *praxis*. La literatura actúa sobre el mundo al actuar sobre sus lectores.

Para regresar a la cuestión anterior, ¿qué sucederá con la crítica de la teoría de la respuesta del lector si las feministas participan en la discusión? Resulta útil recordar el contraste entre la historia de Booth y las de Malcolm X y Virginia Woolf. Al igual que la historia de Booth, "las historias de la lectura" que conforman hoy en día la teoría de la respuesta del lector son mítica-mente abstractas, y desde otra perspectiva parecen estar hechas

competrir sólo con lecturas alternativas, y todas ellas resultan estructuralmente tan antiguas como los Buiticks, y son desechadas tan pronto como otras lecturas nuevas toman su lugar" (p. 182). Aunque Showalter no apoya la proscripción de Wimsatt y Beardsley de la "falacia afectiva", sí se suscribe a su argumento. El "pluralismo juguetero" de Kolodny es más benigno que el temido "relativismo" de Wimsatt y Beardsley, pero no es menos fatal, desde el punto de vista de Showalter, para la coherencia teórica.

mas, géneros y estructuras de los textos de las mujeres; la psicodinámica de la creatividad femenina; la trayectoria de las carreras profesionales de las mujeres tanto a nivel individual como colectivo; y la evolución y las reglas de una tradición literaria femenina". El cambio de "el análisis y la discusión críticos" a "la ginocritica" —de un énfasis en la mujer como lectora a un énfasis en la mujer como escritora— nos ha puesto en una posición desde la cual podemos desarrollar una crítica feminista que esté "genuinamente centrada en la mujer y sea independiente además de coherente en el aspecto intelectual".

Considerar como principal objeto de estudio los textos de las mujeres nos obliga a dar el salto hacia una nueva perspectiva conceptual y a redefinir la naturaleza del problema teórico que enfrentamos. Ya no es más el dilema ideológico de reconciliar pluralismos revisionistas, sino la cuestión esencial de la diferencia. ¿Cómo constituir a las mujeres como un grupo literario definido? ¿Cuál es la *diferencia* de la escritura femenina?¹⁰

Pero ¿por qué ha de estar más ligada a la teoría la actividad de la escritora que la de la lectora? Si resulta posible formular un marco conceptual coherente para revelar la "diferencia" de la escritura femenina, no debería entonces ser menos posible hacer lo mismo para la lectura de las mujeres. La misma diferencia, sea lingüística, biológica, psicológica o cultural debería poder aplicarse para ambos casos. Además, lo que Showalter llama "ginocritica" está de hecho constituido por la *crítica* feminista, es decir *la lectura*, de escritos de mujeres. Por lo tanto, la diferencia pertinente no es entre la mujer como lectora y la mujer como escritora, sino entre la lectura feminista de textos escritos por hombres y la lectura feminista de textos escritos por mujeres, y no existe ninguna razón por la cual lo primero no pudiera ser tan coherente (o irreductiblemente plural) desde el punto de vista teórico como lo segundo.

¹⁰ Elaine Showalter, "Feminist Criticism in the Wilderness", *Critical Inquiry*, 8 (1981): pp. 182-185. Showalter argumenta que si vemos a la crítica feminista (enfocada hacia la lectora) como nuestro proyecto principal, debemos contentarnos con el "pluralismo juguetero" propuesto por Annette Kolodny: primero, porque ningún modelo conceptual puede comprender una empresa tan ecléctica y amplia, y segundo, porque "en el juego libre del campo interpretativo, la crítica feminista puede

por y sobre lectores altamente privilegiados. La historia de Booth tuvo un final feliz; no así las de Malcolm y Mary. Para Mary, la lectura significó encontrarse con un entramado de mentiras y silencios; para Malcolm significó verificar las conflictivas doctrinas de Elijah Muhammad.

Dos factores —género y política— que están suprimidos en los modelos dominantes de lectura se vuelven prominentes con el advenimiento de una perspectiva feminista. La historia feminista tendrá *al menos* dos capítulos: uno relacionado con las lecturas feministas de textos escritos por hombres, y otro relacionado con las lecturas feministas de textos escritos por mujeres. Sumado a ello, en esta historia el género tendrá un papel importante como arena para una lucha política. La historia hablará de la diferencia entre hombres y mujeres, de la forma en que la experiencia y perspectiva de las mujeres han sido sistemática y fatalmente asimiladas al masculino genérico, y de la necesidad de corregir este error. Por último, identificará a la literatura —las actividades de lectura y escritura— como una arena importante para la lucha política, un componente crucial del proyecto de interpretar al mundo para así poder cambiarlo.

La crítica feminista no se acerca a la crítica de la teoría de la respuesta del lector sin preconcepciones. De hecho, la crítica feminista siempre ha tenido intereses profundamente centrados en el lector. En las siguientes dos secciones de este ensayo revisaré estos intereses, primero en relación con textos escritos por hombres, y luego con textos escritos por mujeres. En el proceso sacaré a relucir algunos de los puntos que podrían ser tratados y clarificados por una teoría feminista de la lectura.

LA LECTORA Y EL CANON LITERARIO

Aunque los críticos de la teoría de la respuesta del lector proponen modelos diferentes y muchas veces contrastantes, en términos generales lo que se subraya son aspectos del proceso de lectura que no varían según la naturaleza del material. Con el ingreso del feminismo a la discusión, la naturaleza del texto vuelve a cobrar importancia. Para las feministas, el tema de *cómo* leemos está indisolublemente ligado a la cuestión de *qué* lee-

mos. De manera más específica, el análisis feminista de la actividad de la lectura comienza con darse cuenta de que el canon literario es androcéntrico, y que esto tiene consecuencias muy dañinas para las lectoras. La documentación de este punto fue una de las primeras tareas comprendidas por las críticas feministas. El trabajo crítico realizado por Elaine Showalter en 1971 sobre los programas de estudio dentro del área de las letras resulta ejemplar en este aspecto.

En su primer año en la universidad a una estudiante se le podrá dar a leer una antología de ensayos con títulos como *El hombre responsable*, o *Condiciones del hombre*, o *El hombre en crisis*, o quizá *El hombre representativo: héroes populares de nuestro tiempo*, en donde de 33 hombres representan distintos tipos de heroísmo, tales como el del escritor, el poeta, el dramaturgo, el artista y el gurú, y sólo se incluyen dos mujeres: la actriz Elizabeth Taylor y Jacqueline Onassis, la heroína existencial.

Quizá la estudiante leerá una colección de cuentos del tipo de *El joven en la literatura de los Estados Unidos: el tema de la iniciación*, o textos sociológicos como *El hombre negro y la promesa de los Estados Unidos*. Dentro de un programa literario más ortodoxo podrá llegar a leer algunos de los clásicos de siempre, como *Edipo*; como comentó un profesor en un número reciente de *College English*, todos queremos matar a nuestro padre y casarnos con nuestra madre. E independientemente de todo lo demás que pudiera leer, se enfrentará de manera inevitable con el libro preferido de todo curso básico de literatura inglesa, el clásico de la rebelión adolescente, *Retrato del artista adolescente*.

Al final de su primer año, una estudiante habrá aprendido algo acerca de la neutralidad intelectual; de hecho estará aprendiendo a pensar como hombre. Y esto se incrementará cada vez más con la presencia de profesores varones para guiarla.¹¹

Los relatos más personales de otras críticas refuerzan lo dicho por Showalter.

El primer resultado de mis lecturas fue el sentimiento de que los personajes masculinos resultaban, por decirlo de alguna manera, más interesantes para sus autores que los femeninos. Así pues, al leer sus

¹¹ Elaine Showalter, "Women and the Literary Curriculum", *College English*, 32, 1971, p. 855. Para un excelente ejemplo de trabajo reciente que sigue el espíritu de

libros como parecía que sus autores esperaban que fueran leídos, si me identificaba ingenuamente con un personaje, siempre elegía a un hombre; hubiera preferido ser Hamlet antes que Ofelia, Tom Jones más que Sophia Western, y quizá muy en contra de las intenciones de Dostoievski, Raskolnikov y no Sonia.

Más extrañas aún, pero lamentablemente poco sorprendentes, fueron las evaluaciones que acepté acerca de los personajes femeninos. Por ejemplo, pronto aprendí que el poder era poco femenino y que las mujeres poderosas eran literalmente monstruosas [...] Todas unas hijas de la chingada que debían ser eliminadas, reformadas o al menos condenadas [...] Aquellas pocas mujeres que aparecen dentro de la literatura como poderosas, además de admirables en algún sentido, lo son porque su poder está basado, si no en la belleza, al menos en la sexualidad.¹²

Para una mujer, los libros no necesariamente significan la salvación. De hecho, una educación literaria le puede muy bien causar un grave daño psíquico: la esquizofrenia "es la conclusión extraña pero lógica de nuestra educación. Al imaginarme hombre intenté crearme hombre. Aunque sabía que esto era de otra manera, me parecía que no podía hacer nada para convertir a este otro en algo críticamente verdadero".¹³

Para plantear el asunto de una manera teórica, la literatura androcéntrica estructura la experiencia de la lectura de manera distinta según el género del lector. Para el lector masculino, el texto sirve como lugar de encuentro entre lo personal y lo universal. Se aproxime o no el texto a las particularidades de su propia experiencia, queda invitado a validar la igualdad de lo masculino con lo universal. El lector varón siente su afinidad con lo universal, con el ser humano paradigmático, justamente porque él es varón. Consideremos la famosa escena de la epifanía de Stephen en *Retrato del artista adolescente*:

Una muchacha estaba ante él, en medio de la corriente, mirando sola y tranquila mar afuera. Parecía que un arte mágico le diera la apariencia de un ave de mar bella y extraña. Sus piernas desnudas y

largas eran esbeltas como las de la grulla y sin mancha, salvo allí donde el rastro esmeralda de un alga de mar se había quedado prendido como un signo sobre la carne. Los muslos más llenos, y de suaves matices de marfil, estaban desnudos casi hasta la cadera, donde las puntillas blancas de los pantalones fingían un juego de plumaje suave y blanco. La falda, de un azul pizarra, la llevaba despreocupadamente recogida hasta la cintura y por detrás colgaba como la cola de una paloma. Su pecho era como el de un ave, liso y delicado, delicado y liso como el de una paloma de plumaje oscuro. Pero el largo cabello rubio era el de una niña; y de niña, y sellado con el prodigio de la belleza mortal, su rostro.¹⁴

Cuando un hombre lee este fragmento, se le invita a identificarse con Stephen, a sentir "el tumulto de su sangre", para así ratificar la supuesta universalidad de la experiencia. Independientemente de que la visión de una muchacha en una playa le haya provocado alguna vez emociones similares, el lector masculino queda invitado a sentir su *diferencia* (de manera concreta *con respecto a la muchacha*) para entonces considerarla como algo universal. Aquí resulta pertinente la teoría de Lévi-Strauss de que la mujer funciona como una forma de moneda que intercambian los hombres. La mujer en el texto convierte al texto en mujer y la circulación de este texto-mujer se convierte en el ritual central que establece un lazo entre el autor y sus lectores varones.¹⁵

El mismo texto afecta a una lectora de manera diferente. Judith Fetterley proporciona la teoría más explícita hasta el momento con respecto a la dinámica del encuentro de la lectora con la literatura androcéntrica. Según Fetterley, a pesar de la vigencia del estereotipo de la vieja castrante, "la realidad cultural no consiste en la emasculación de los hombres por parte de las mujeres, sino en la *immasculación* de las mujeres por parte de los hombres. Como lectoras y maestras y estudiosas, se enseña a las mujeres a identificarse con un punto de vista masculino, y a

¹⁴ James Joyce, *Retrato del artista adolescente*, trad. Alfonso Donado, 4ª ed., Pre-miá, México, 1981, p. 195.

¹⁵ Véase también el análisis de Florence Howe del mismo pasaje en "Feminism and Literature", en *Images of Women in Fiction: Feminist Perspectives*, Susan Kopelman Cornillos (ed.), Bowling Green State University Press, Bowling Green, Ohio, 1972, pp. 262-263.

la crítica de Showalter, véase Paul Lauter, *Reconstructing American Literature*, Feminist Press, Old Westbury, N. Y., 1983.

¹² Lee Edwards, "Women, Energy, and Middlemarch", *Massachusetts Review*, 13, 1972, p. 226.

¹³ *Ibid.*, p. 226.

128 aceptar como normal y legítimo un sistema masculino de valores, uno de cuyos principios centrales es la misoginia".¹⁶

El proceso de inmasculación no otorga poder viril a la lectora. Por el contrario, duplica su opresión. Sufre "no solamente la falta de poder que se deriva de no ver su experiencia articulada, clarificada y legitimizada dentro del arte, sino también de manera aún más significativa la impotencia que resulta de la interminable división del ser contra el ser, es decir, la consecuencia del llamado a identificarse como hombre al mismo tiempo que se le recuerda que el ser hombre —el ser universal— es ser *no mujer*".¹⁷

Una mujer al leer la novela de Joyce sobre el despertar del artista, y en especial el pasaje citado, será invitada al igual que su contraparte varón a identificarse con Stephen, y así ratificar la igualdad de lo masculino con lo universal. La literatura androcéntrica le debe gran parte de su efectividad como instrumento de política sexual al hecho de que no permite a la lectora buscar refugio en su diferencia. En lugar de esto, la involucra en un proceso que la usa en contra de sí misma. Busca su complicidad para convertir la diferencia masculina en universalidad y por consiguiente denigrar a la diferencia femenina como una otredad sin reciprocidad. Sin duda, la misoginia es abundante dentro del canon literario.¹⁸ Sin embargo, es importante que el argumento de Fetterley pueda sustentarse con una premisa más débil. El androcentrismo es condición suficiente para el proceso de inmasculación.

Las críticas feministas de textos escritos por hombres, desde Kate Millet hasta Judith Fetterley, han trabajado bajo la consigna de la "lectora resistente". Su objetivo ha sido obstaculizar el proceso de inmasculación al volvernos conscientes de él, al revelar el androcentrismo de aquello que tradicionalmente ha pasado por universal. Sin embargo, la crítica feminista escrita bajo el flujo de la lectora resistente deja ciertas preguntas sin contestar,

preguntas que necesitan un análisis feminista: ¿de dónde saca el texto su poder para atrápanos en sus propios designios? ¿Por qué algunos textos demostrablemente sexistas (no todos) nos siguen resultando atractivos aun después de haber sido sometidos a una profunda crítica feminista? La respuesta más común —que el poder del texto escrito por un hombre es el poder de la falsa conciencia dentro de la cual tanto las mujeres como los hombres han sido socializados— simplifica en exceso el problema y nos impide comprender el poder de la literatura y la complejidad de nuestras respuestas ante ella.

Frederic Jameson propone una tesis que me parece un buen punto de partida para una reconsideración feminista de los textos masculinos: "Lo efectivamente ideológico es también al mismo tiempo necesariamente utópico".¹⁹ Esta tesis implica que el poder que detenta el texto masculino sobre la lectora radica en los deseos auténticos que despierta para luego canalizarlos hacia el proceso de inmasculación.

Aquí hace falta un ejemplo concreto. Consideremos *Mujeres enamoradas* de Lawrence, y para simplificar concentrémonos en Birkin y Ursula. Simone de Beauvoir y Kate Millet me han convencido de que ésta es una novela sexista. ¿Por qué me sigue resultando atractiva? La tesis de Jameson me lleva a contestar esta pregunta mediante el análisis de cómo el texto juega no sólo con mi falsa conciencia, sino también con mis aspiraciones auténticamente libertarias, es decir, con aquellos mismos impulsos que me condujeron al movimiento feminista.

El truco de invertir papeles resulta útil aquí. Si invertimos los papeles de Birkin y Ursula, los componentes ideológicos (o al menos los más notables, como la analogía entre las mujeres y los caballos) resultan absurdos. Ahora bien, si eliminamos estos componentes absurdos y mantenemos los papeles invertidos, nos queda la historia de una mujer que lucha por combinar su apasionado deseo de convertirse en un ser autónomo y consiente con un deseo igualmente poderoso de amar y establecer otros lazos humanos. Esta historia residual no se halla demasiado alejada de una que podríamos leer con gusto por expresar una sensibilidad feminista. Resulta interesante que también su-

¹⁶ Judith Fetterley, *The Resisting Reader: A Feminist Approach to American Fiction*, Indiana University Press, Bloomington, 1978, p. xx. Aunque los comentarios de Fetterley se refieren específicamente a la literatura estadounidense, se pueden aplicar en general a todo el canon tradicional.

¹⁷ *Ibid.*, p. xiii.

¹⁸ Véase Katharine M. Rogers, *The Troublesome Helpmate: A History of Misogyny in Literature*, University of Washington Press, Seattle, 1966.

¹⁹ Frederic Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Cornell University Press, Ithaca, 1981, p. 286.

giera una novela que Lawrence bien podría haber escrito, es decir, la continuación de *El arcoiris*.

Mi respuesta afectiva a la novela que Lawrence sí escribió está bifurcada. Por un lado, debido a que soy mujer, me encontré implicada en la representación de Ursula y en el destino que Lawrence le ha preparado: el hombre es hijo de Dios, pero la mujer es hija del hombre. Su vocación es observar la trascendencia de él desde un silencio embelesado. Por otro lado, Fetterley tiene razón en que también soy inducida a identificarme con Birkin, y al hacer esto, acabo siendo cómplice de la reducción de Ursula, y por ende de la mía, al papel del otro.

Sin embargo, el proceso de inmasculación es más complicado de lo que plantea Fetterley. Cuando me identifico con Birkin, de manera inconscientemente realizo la relectura en las dos etapas descritas anteriormente. Invierto los papeles de Birkin y Ursula y suprimo los componentes ideológicos obvios que en el proceso aparecen como absurdos. La identificación con Birkin es emocionalmente efectiva porque, despojadas de su parafernalia patriarcal, la lucha de Birkin y su visión utópica se parecen a las mías. En la medida en que realizo esta relectura feminista de manera *inconsciente* quedo cautivada por el texto. Cuanto más fuerte sea mi deseo de autonomía y de amor, más fuerte será mi identificación con Birkin, y más intensa la experiencia de bifurcación característica del proceso de inmasculación.

La discusión completa de esto rebasa las posibilidades de este artículo. Mi teoría es que *algunos* textos masculinos (no todos) ameritan una hermenéutica dual: una hermenéutica negativa que revele su complicidad con la ideología patriarcal, y una hermenéutica positiva que recupere el momento utópico —el auténtico centro— donde radica una porción importante de su fuerza emocional.²⁰

²⁰ En *Woman and the Demon: The Life of a Victorian Myth*, Harvard University Press, Cambridge, 1982. Nina Auerbach emplea una hermenéutica positiva similar, aunque no idéntica. Revisa los mitos e imágenes de mujeres (como ángeles, demonios, víctimas, prostitutas, etc.) que las críticas feministas han reconstruido "jubilosamente" como reflejos e instrumentos de la ideología sexista, y descubre en ellos una "inesperada autorización" mítica. Auerbach argumenta que la "más poderosa, aun- que la menos reconocida, creación [de la imaginación cultural victoriana] es una mujer mágica y explosivamente móvil, que rompe las fronteras de la familia a la cual la sociedad la restringe. El triunfo de esta altiva criatura es una celebración de la imagi-

LEYENDO LOS TEXTOS DE LAS MUJERES

Showalter tiene razón al plantear que la crítica feminista en años recientes ha dejado de hacer hincapié en la "crítica" de textos sobre todo escritos por hombres para concentrarse en la "gino-crítica" o estudio de los textos de las mujeres. Claro está que no se puede olvidar que esta última siempre ha figurado en la agenda feminista. *Sexual Politics*, por ejemplo, contiene no sólo las críticas a Lawrence, Miller y Mailer que le ganaron tanta fama a Kate Millet, sino también su inolvidable relectura de *Villette*.²¹ También es igualmente cierto que el interés por los escritos de las mujeres no ha suplantado por completo el estudio crítico de textos patriarcales. En un sentido, la "crítica" ha establecido un nexo entre los estudios de textos escritos por hombres y textos escritos por mujeres. Cuando la crítica feminista pasó a ocuparse de estos últimos, desplazó su atención de los textos androcéntricos *per se* a las estrategias críticas androcéntricas que desplazaban los textos de las mujeres a los márgenes del canon literario. Los ejemplos más tempranos de este género (aquí podemos mencionar a "The Double Critical Standard" de Showalter y "Emily Brontë in the Hands of Male Critics" de Carol Ohmann) se preocupaban en primer lugar por describir y documentar los prejuicios contra las escritoras que obnubilaban el juicio de lectores bien ubicados, es decir, reseñadores y críticos.²² Hoy en día poseemos análisis más elaborados y completos de la tradición crítica androcéntrica.

Uno de los más convincentes es el análisis realizado por Nina Baym sobre la literatura de los Estados Unidos.²³ Baym observa

nación colectiva que creyó en ella" (p. 1). Véase también, de Auerbach, "Magi and Maidens: The Romance of the Victorian Freud", en *Critical Inquiry*, 8, 1981, pp. 281-300. La tensión entre la hermenéutica feminista positiva y negativa es tal vez más evidente cuando se trata de los "clásicos". Véase por ejemplo, de Carol Thomas Neely, "Feminist Modes of Shakespeare Criticism: Compensatory, Justificatory, Transformational", en *Women's Studies*, p. 9, 1981, pp. 3-15.

²¹ Kate Millet, *Sexual Politics*, Avon Books, Nueva York, 1970.

²² Elaine Showalter, "The Double Critical Standard and the Feminine Novel", cap. 3, en *A Literature of Their Own: British Women from Brontë to Lessing*, Princeton University Press, Princeton, 1977, pp. 73-99; Carol Ohmann, "Emily Brontë in the Hands of Male Critics", *College English*, 32, 1971, pp. 906-913.

²³ Nina Baym, "Melodramas of Beset Manhood: How Theories of American Fiction Exclude Women Authors", en *American Quarterly*, 33, 1981, pp. 123-139.

que hasta 1977 el canon estadounidense de escritores importantes no incluía ni una sola novelista. Y, sin embargo, en términos numéricos y de éxito comercial, las novelistas probablemente han dominado la literatura de los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX. ¿Cómo puede explicarse esta anomalía?

Una explicación es simplemente la existencia de un prejuicio del tipo que registran Showalter, Ohmann y otras. Una segunda explicación es que las escritoras vivían y trabajaban en condiciones sociales que no resultaban particularmente conducentes a la producción de una "excelente" literatura: "Había por lo general una especie de inmediatez en las ambiciones de las mujeres dedicadas a la literatura que las conducía hacia el profesionalismo antes que al arte, tanto por elección como por presiones sociales y oportunidad".²⁴ Baym aduce una tercera razón más sutil y quizá más importante. Según su planteamiento, existen "restricciones relacionadas con el género que surgen no de las realidades culturales contemporáneas de las escritoras, sino de teorías críticas posteriores [...] que imponen sus preocupaciones de manera anacrónica, después del hecho, sobre un período anterior".²⁵ Si uno lee a los críticos más instrumentales en la formación de las teorías actuales sobre la literatura estadounidense (F. O. Matthiessen, Richard Chase, Charles Feidelson, Lionel Trilling, etc.), encuentra que el modelo teórico para la novela estadounidense canónica es el "melodrama de la hombría acosada". Aceptar este modelo también implica aceptar como consecuencia la exclusión del canon de los "melodramas de la mujer en peligro", además de casi toda la literatura que se centra en la experiencia de las mujeres.²⁶

La profunda relación simbiótica entre el canon androcéntrico y los modos de lectura androcéntricos ha sido bien resumida por Annette Kolodny.

²⁴ Baym, "Melodramas of Beset Manhood...", p. 125.

²⁵ *Ibid.*, p. 130. Una de las obras fundadoras de la literatura estadounidense es "The Legend of Sleepy Hollow", sobre la cual Leslie Fiedler escribe: "Es apropiado que nuestra primera leyenda local conmemore, aunque juguetonamente, la huida del soñador de la ampa": *Love and Death in the American Novel*, Criterion, Nueva York, 1960, p. xx.

²⁶ *Women's Fiction: A Guide to Novels by and about Women in America, 1820-1870*, de Nina Baym, Cornell University Press, Ithaca, 1978, proporciona un buen estudio de las obras que han sido excluidas de la tradición.

En la medida en que se nos enseña a leer, no nos relacionamos con textos sino con paradigmas.

[...] En la medida en que la literatura misma es una institución social, la lectura es también una actividad altamente socializada —o erudita— [...] Leemos bien y con placer aquello que ya sabemos leer; y lo que sabemos leer depende en gran medida de aquello que ya hemos leído (obras a partir de las cuales hemos desarrollado nuevas expectativas y aprendido nuestras estrategias de interpretación). Entonces lo que escogemos leer —y por extensión, enseñar y por ende "canonizar"— se desprende por lo general de nuestras lecturas previas.²⁷

En otras palabras estamos atrapadas en un círculo bastante vicioso. Un canon androcéntrico genera estrategias de interpretación androcéntricas, que a su vez favorecen la canonización de textos androcéntricos y la marginación de los ginocéntricos. Para romper con este círculo, las críticas feministas deben luchar en dos frentes: por un lado, revisar el canon para incluir en él un número significativo de obras escritas por mujeres, y por el otro desarrollar estrategias de lectura que resulten coherentes con los intereses, experiencias y recursos formales que constituyen esos textos. Claro está que para tener éxito también necesitamos una comunidad de lectoras que posean un alto grado de experiencia, compromiso y entrenamiento y que además estén dispuestas a aportar a la lucha sus recursos tanto personales como institucionales.²⁸

La crítica de estrategias de lectura androcéntricas resulta esencial, ya que abre espacios ideológicos para la recuperación de los textos escritos por mujeres. Al explorar este punto, observamos, en primer lugar, que se ha realizado una gran cantidad de trabajo y, en segundo lugar, que este proyecto parece aún más

²⁷ Annette Kolodny, "Dancing through the Minefield: Some Observations on the Theory, Practice, and Politics of a Feminist Literary Criticism", *Feminist Studies*, 6, 1980, pp. 10-12. Kolodny elabora sobre el mismo tema en "A Map for Rereading: Or, Gender and the Interpretation of Literary Texts", *New Literary History*, 11, 1980, pp. 451-467.

²⁸ Para un excelente resumen de la forma en que la "comunidad interpretativa" feminista ha cambiado las convenciones críticas y literarias, véase Jean E. Kennard, "Convention Coverage, or How to Read Your Own Life", *New Literary History*, 8, 1981, pp. 68-88. Los programas de los últimos 25 años de la Convención de la MLA ofrecen una evidencia más concreta de los cambios en los cánones literarios y críticos, así como de las luchas políticas e ideológicas que provocan dichos cambios.

complicado y diverso que la crítica de textos escritos por hombres. De hecho, resulta imposible en unas cuantas páginas hacer justicia a la amplia gama de preocupaciones, estrategias y posiciones asociadas con la lectura feminista de textos escritos por mujeres. Sin embargo, hay ciertas cosas que pueden decirse. En lo que resta de esta sección me concentraré en un ensayo ejemplar: "Vesuvius at Home: The Power of Emily Dickinson", de Adrienne Rich.²⁹ Mi comentario anticipa la articulación de un paradigma que ilumina ciertos aspectos de las lecturas feministas de los escritos de mujeres.

Me interesa, sobre todo, la retórica del ensayo de Rich, pues representa un comentario implícito acerca del proceso de lectura de los escritos de mujeres. Las lecturas feministas de textos escritos por hombres son, como hemos visto, ante todo lecturas resistentes. La lectora adopta una actitud de adversaria, o al menos se distancia del material a leer. En las primeras páginas de su ensayo, Rich introduce tres metáforas que proclaman una actitud muy diferente relacionada con su tema.

Los métodos, las exclusiones, de la existencia de Emily Dickinson no podrían haber sido los míos; sin embargo, cada vez más, como una poeta que va encontrando sus propios métodos, he llegado a entender sus necesidades, podría haber sido testigo en defensa suya [p. 158].

Viajo a la velocidad del tiempo por la autopista de Massachusetts. [...] "El hogar no es donde está el corazón, sino la casa y los edificios contiguos," escribió en una carta. [...] Viajo a la velocidad del tiempo en dirección a la casa y los edificios. [...] Durante años no me he dedicado tanto a visualizar a Emily Dickinson, sino más bien a tratar de visitar, de penetrar su mente a través de sus poemas y sus cartas, y a través de mis propias suposiciones de lo que podía haber significado ser uno de los dos genios estadounidenses de mediados del siglo XIX, y una mujer que vivía en Amherst, Massachusetts [pp. 158-159].

Durante meses, durante la mayor parte de mi vida, he estado revoloteando como un insecto contra las pantallas de una existencia que

²⁹ En Adrienne Rich, *On Lies, Secrets, and Silence: Selected Prose, 1966-1978*, W. Norton, Nueva York, 1979. Las referencias subsiguientes están citadas entre corchetes en el texto.

vivía en Amherst, Massachusetts, entre 1830 y 1886 [p. 158] [...] Aquí [en la recámara de Dickinson] me convierto otra vez en insecto, vibrando contra los marcos de las ventanas, aferrándome a los vidrios, intentando conectarme [p. 161].

Aquí, a través del uso de estas metáforas, se realiza de manera silenciosa y poco evidente un comentario sobre el proceso de lectura. La primera es una metáfora legal: la lectora feminista habla como testigo en defensa de la escritora. Aquí vemos cómo el género es de crucial importancia. La lectora feminista toma partido por la escritora contra aquellas lecturas patriarcales erróneas que se vuelven triviales o distorsionan su obra.³⁰ La segunda metáfora hace referencia a uno de los postulados principales de la crítica feminista: una obra literaria no puede ser entendida fuera del contexto social, histórico y cultural en el que fue escrita. Rich, como si aceptara la condición que Dickinson había impuesto a sus amistades, viaja a través del espacio y el tiempo para visitar a la poeta en su propio *territorio*. Va a Amherst, a la casa donde vivió Dickinson. Toca el timbre, entra, sube, pasa a la recámara que había significado "libertad" para la poeta. Su destino, en última instancia, es la mente de Dickinson. Pero no es suficiente leer los poemas y las cartas de la poeta. Para llegar a su corazón y su mente, una debe tomar una desviación que pasa por "la casa y los edificios contiguos".

¿Por qué se reclusó Dickinson? ¿Por qué escribió poemas que no publicaría? ¿Qué significan esos poemas que tratan de reinas, volcanes, desierto, eternidad, pasión, suicidio, animales salvajes, violación, poder, locura, el demonio y la tumba? Para Rich, estas preguntas están relacionadas. Una relectura revisionista de

³⁰ El cuento de Susan Glaspell, "A Jury of Her Peers", gira alrededor de una variante de esta metáfora legal. La parábola de la lectura implícita en este cuento no ha sido pasada por alto por las críticas feministas. Annette Kolodny, por ejemplo, discute la forma en que "explora las marcas genéricas necesarias que *deben* constituir cualquier definición de 'pares' en el complejo proceso de descubrimiento de la verdad o el significado". Aunque el cuento no excluye a los lectores masculinos, nos hace conscientes de que "las representaciones simbólicas dependen de un fondo de reconocimientos compartidos y referencias potenciales", y, en general, de que el "significado femenino" es inaccesible a la "interpretación masculina". "Aunque accidentalmente (el lector masculino) es un *tipo diferente* de lector y [...], en lo que concierne a las mujeres, es con frecuencia un lector inadecuado" ("A Map for Rereading...", *op. cit.*, pp. 460-463).

la obra de Dickinson va de la mano con una lectura revisionista de su vida.

Tengo la sospecha de que el genio se conoce a sí mismo; de que Dickinson escogió su reclusión, sabiendo lo que necesitaba. [...] Escogió con cuidado sus amistades y controló el uso que daba a su tiempo. [...] Dada su vocación, no era excéntrica ni pintoresca; estaba decidida a sobrevivir, a hacer uso de sus poderes, a hacer los ahorros que fueran necesarios [p. 160].

Para escribir (la poesía que necesitaba escribir) tenía que penetrar en cámaras del ser en donde

Oculto—

Sorprendería más—

y para ceder el control ahí, para correr esos riesgos, tenía que crear una relación con el mundo exterior donde podía sentirse en control [p. 175].

La metáfora de la visita apunta hacia otro aspecto de las lecturas feministas de los escritos de mujeres, es decir, la tendencia a interpretar el texto no como un objeto, sino como la manifestación de la subjetividad de la autora ausente, la "voz" de otra mujer. Rich no se conforma con disfrutar la textualidad de los poemas y las cartas de Dickinson. Para ella, éstas son las puertas que conducen a la "mente" de una "mujer genial". Rich pone a trabajar su imaginación y su gran capacidad retórica para evocar "la figura de voluntad poderosa" que habita el corazón del texto. Leer a Dickinson es intentar hacerle una visita, escuchar su voz, hacerla vivir *en* una misma y sentir su impresionante "dimensión personal".³¹

Al mismo tiempo, Rich está muy consciente de que la visita a Dickinson es *sólo* una metáfora para leer su poesía, y una metáfora inexacta. Hace evidente esta conciencia a través de su tercera metáfora. Ya no es posible visitar a Dickinson; una *sólo* puede penetrar en su mente a través de sus poemas y sus cartas

³¹ Hay una fuerte tendencia contraria, inspirada por el posestructuralismo francés, que privilegia la apreciación de la textualidad sobre la recuperación imaginativa de la escritora como sujeto de la obra. Véase, por ejemplo, Mary Jacobus, "Is There a Woman in This Text?", *New Literary History*, 14, 1982, pp. 117-141, especialmente el párrafo final. La última oración del ensayo subraya la controversia: "¿Quizá la pregunta que las críticas feministas deberían hacer no es: ¿Hay una mujer en este texto?, sino: ¿Hay un texto en esta mujer?"

del mismo modo que una puede entrar a su casa por la puerta de atrás, por donde sacaron cargando su féretro. Al leer, una encuentra únicamente un texto, la huella de una autora ausente. Por fin en el piso de arriba, en el cuarto donde Dickinson ejercía un asombroso oficio, Rich se descubre otra vez como "un insecto vibrando en los marcos de las ventanas, aferrándose a los vidrios, intentando conectarse". Pero, aunque "el rastro es muy fuerte", Dickinson misma está ausente.

Quizá el recurso retórico más evidente empleado aquí por Rich, aún más obvio que sus metáforas impactantes, es su uso de una voz personal. Su acercamiento a Dickinson es consciente y desvergonzadamente subjetivo. Describe con claridad su punto de vista —qué es lo que vio al cruzar el valle de Connecticut en dirección a Amherst (gasolineras, MacDonald's, centros comerciales además de "una primavera verde clara suavizando las colinas, cerezos y otros frutales silvestres florecando en las hondonadas"), y en lo que pensó (la historia del valle, "escenas de revueltas de indios, reuniones religiosas, confrontaciones espirituales, la irrupción del fanatismo puritano, y los recuerdos de sus fines de semana como universitaria en Amherst). Algunos de estos elementos —las gasolineras y los MacDonald's— hubieran resultado desconocidos a Dickinson; otros —la visión de los cerezos y los frutales silvestres en la primavera, y sobre todo la experiencia de ser una mujer poeta en una cultura patriarcal— establecerían una afinidad entre ellas.

Las metáforas de Rich junto con su uso de una voz personal apuntan hacia algunos de los aspectos clave que subyacen en las lecturas feministas de los textos escritos por mujeres. Por un lado, la lectura es por necesidad subjetiva. Por el otro, no debe ser del todo así. Una debe respetar la autonomía del texto. La lectora es una visita y, por ende, debe respetar las fórmulas de cortesía indicadas. Debe evitar las intromisiones no autorizadas, debe poner cuidado en no apropiarse de aquello que pertenece a su anfitriona, en no imponerse a la otra mujer. Sumado a ello, la lectura es al mismo tiempo un encuentro intersubjetivo y también algo menos que eso. Al leer a Dickinson, Rich desea penetrar en su mente, sentir su presencia. Pero el texto es una pantalla, un objeto inanimado. Su subjetividad es sólo una proyección de la subjetividad de la lectora.

Rich sugiere cuál sería la motivación central, el ideal regulador que da forma al acercamiento de la lectora feminista a estos temas. Si las lecturas feministas de textos escritos por hombres están motivadas por el deseo de desbaratar el proceso de inmasculación, las lecturas feministas de textos escritos por mujeres están motivadas por la necesidad "de conectarse con", recuperar o formular —acaba por ser lo mismo— el contexto, la tradición que podría unir a las escritoras entre sí, a las lectoras y a las críticas y a la comunidad más amplia de mujeres. Claro está que la recuperación de este contexto es una condición necesaria para la integración no represiva del punto de vista y la cultura de las mujeres a un estudio de las humanidades, en el verdadero sentido de la palabra.³²

MODELOS FEMINISTAS DE LECTURA: UN RESUMEN

Como comenté en la segunda sección, la teoría dominante de la respuesta del lector se hace dos preguntas acerca de dos cuestiones estrechamente relacionadas entre sí: 1. ¿El texto manipula al lector o el lector manipula al texto para producir significados que convengan a sus propios intereses? y 2. ¿Qué hay en el texto? ¿Cómo podemos distinguir qué provee el texto y qué provee el lector? Ambas preguntas se refieren a la relación sujeto-objeto que se establece entre lector y texto durante el proceso de lectura. Una teoría feminista de la lectura también trabaja en torno

³² Debo subrayar que aunque el ensayo de Rich presenta un paradigma significativo de las lecturas feministas de los escritos de las mujeres, no es éste el único paradigma. Caren Greenberg propone una alternativa en "Reading Reading: Echo's Abduction of Language", en *Women and Language in Literature and Society*, Sally McConnell-Ginet, Ruth Broker y Nelly Furman (eds.), Praeger, Nueva York, 1980, pp. 304-309.

Además, hay muchas cuestiones importantes que han quedado fuera de mi discusión. Por ejemplo:

a. La relación de su carrera como lectora con el desarrollo artístico de la escritora. En *Madwoman in the Attic*, Yale University Press, New Haven, 1980, Sandra Gilbert y Susan Gubar muestran que las escritoras tuvieron que luchar para sobreponerse a la "ansiedad de autoría" que contrajeron de los "pronunciamientos" de sus predecesores, tanto hombres como mujeres. También argumentan que la relación que las escritoras forman con sus predecesoras no se ajusta al modelo de combate edípico propuesto por Bloom. La actitud de Rich hacia Dickinson (como alguien que "ha estado ahí", como una "madre" precursora que debe ser recuperada) corrobora el argumento de Gilbert y Gubar.

a esta relación, pero para las feministas, el género —el género inscrito en el texto además del género de la lectora— resulta fundamental. Por lo tanto, la historia feminista tiene dos capítulos: uno que se ocupa de textos escritos por hombres y otro de textos escritos por mujeres.

El primer capítulo está enfocado hacia la experiencia de la lectora. ¿Qué es lo que le *hacen* a ella los textos escritos por hombres? La historia feminista establece tres momentos para la relación sujeto-objeto. La pregunta básica que caracteriza al primer momento. Se le confiere control al texto: la lectora queda inmasculada por el texto. Aquí la historia feminista cabe muy bien dentro del marco que propone Iser. Las feministas insisten en que el androcentrismo del texto y sus efectos dañinos para las lectoras no son productos de la imaginación. Éstos se hallan implícitos en los "aspectos esquematizados" del texto. El segundo momento, que se relaciona de manera similar con la trama de la historia de Iser, se basa en reconocer el papel crucial que tiene la subjetividad de la lectora. Sin ella, el texto es *nada*. El proceso de inmasculación está latente en el texto, pero sólo se actualiza mediante la actividad de la lectora. De hecho, la lectora es la agente de su propia inmasculación.³³

Aquí parecería haber una corroboración de la afirmación de Culler, según la cual los modelos duales de lectura inevitablemente se desintegran en uno de dos monismos. El texto (y, por

b. La relación entre las escritoras y sus lectores. Necesitamos tanto estudios actuales sobre la recepción como estudios de la forma en que las escritoras concibieron a sus lectores y cómo los inscribieron en sus textos.

c. La relación entre la hermenéutica positiva y negativa en las lecturas feministas de los escritos de las mujeres. La lectura de Rich de Dickinson destaca la hermenéutica positiva. Sin embargo, uno podría preguntarse si esto es aplicable a *todos* los escritos de las mujeres. Específicamente, ¿es apropiado para la ficción popular, esto es, para las novelas rosas? ¿Hasta qué punto son los mismos textos de las mujeres portadores de una ideología patriarcal? Janice Radway retoma estas cuestiones en "Utopian Impulse in Popular Literature: Gothic Romances and 'Feminist Protest'", en *American Quarterly*, 33, 1981, pp. 140-162, y en "Women Read the Romance: The Interaction of Text and Context", en *Feminist Studies*, 9, 1983, pp. 53-78. Véase también, Tania Modleski, *Loving with a Vengeance: Mass-Produces Fantasies for Women*, Methuen, Nueva York, 1982.

³³ Iser escribe: "El texto y la lectora ya no se enfrentan el uno a la otra como objeto y sujeto, sino que la 'división' se lleva a cabo dentro de la lectora misma [...] Conforme leemos, ocurre una división artificial de nuestra personalidad, porque tomamos como tema para nosotros mismos algo que no somos. Por lo tanto, al leer hay dos niveles —el 'yo' ajeno y el 'yo' real, virtual—, que nunca están comple-

ende, el/la autor/a) o la lectora son responsables del proceso de inmasculación. El tercer momento de la relación sujeto-objeto —que hace su aparición debido a la transfiguración de la heroína en feminista— pone fin a este dilema. La lectora, convertida en feminista, se embarca en un análisis crítico del proceso de lectura y se da cuenta de que el texto tiene el poder de estructurar su experiencia. Sin textos androcéntricos, ella no sufrirá procesos de inmasculación. No obstante esto, su reconocimiento del poder del texto va acompañado de una conciencia acerca de su papel esencial dentro del proceso de lectura. Sin ella, el texto no es nada, es inerte e inocuo. La llegada de la conciencia feminista y su resultante compromiso con una praxis emancipatoria reconstruye la relación sujeto-objeto dentro de un marco más dialéctico que dual, evitando así caer en el *impasse* entre el “dualismo de la narrativa” y el “monismo de la teoría” descrito por Culler. Dentro de la historia feminista, el derrumbe del dualismo de Iser implica no un error o un *impasse* irreductible, sino la necesidad de *escoger* entre dos formas de lectura. La lectora puede someterse al poder del texto o tomar control de la experiencia de lectura. Reconocer la existencia de una opción vuelve de pronto visible la dimensión normativa de la historia feminista: ella *debería* escoger la segunda alternativa.

Pero ¿qué significa que una lectora tome el control de la experiencia de lectura? En primer lugar, debe hacerlo sin olvidar el androcentrismo del texto o el poder que tiene éste para estructurar su experiencia. Además, el que la lectora tome control del texto, no se reduce, como sucede en el caso de Iser, a escoger sólo entre las concretizaciones permitidas por el texto. Recuérdese que una de las características centrales del proceso de inmasculación es la respuesta bifurcada de la lectora. Ella lee el texto como hombre y como mujer. Pero en ambos casos el resultado es el mismo: confirma su posición como el otro. Ejercer el control de la experiencia de lectura significa leer el texto

tamente separados el uno del otro. De hecho, sólo podemos convertir los pensamientos de alguien más en un tema absorbente para nosotros si los antecedentes virtuales de nuestra personalidad se pueden adaptar a él”. “The Reading Process: A Phenomenological Approach”, en Tompkins, *Reader-Response Criticism*, p. 67.

Añádase la aclaración de que el “yo” ajeno es un hombre que ha apropiado lo universal a su masculinidad, y tenemos el proceso de inmasculación que hemos descrito en la tercera sección.

como *no* se debería leer, leerlo en contra de sí mismo. De forma más específica, una debe identificar la naturaleza de las opciones que el texto ofrece y, de manera igualmente importante, lo que el texto excluye —es decir, la posibilidad de leer como mujer *sin* ponerse en la posición del otro, de leer para afirmar la condición de ser mujer como otro paradigma, igualmente válido, de la existencia humana.

Resulta muy fácil decir todo esto. Es importante darse cuenta de que la lectura de un texto escrito por un hombre, por misógino que sea, podría hacer poco daño si fuera un evento aislado. El problema es que dentro de la cultura patriarcal, la experiencia de la inmasculación es paradigmática de los encuentros de las mujeres con las tradiciones dominantes dentro de la literatura y la crítica. Una feminista no puede simplemente negarse a leer textos patriarcales, pues se hallan en todas partes y condicionan su participación dentro de los proyectos literarios y críticos. De hecho, para cuando se convierte en crítica feminista, una mujer ya ha leído numerosos textos masculinos, en especial los textos de mayor autoridad dentro de los cánones literarios y críticos. Ella ha introyectado no sólo textos androcéntricos, sino también estrategias de lectura y valores androcéntricos. Para el momento en que se convierte en feminista, la respuesta bifurcada característica de la inmasculación ya se ha convertido en un hábito. La historia feminista destaca el hecho de que los constructos patriarcales tienen una realidad objetiva y otra subjetiva; se hallan dentro y fuera del texto, dentro y fuera de la lectora.

La capacidad de penetración del androcentrismo lleva a la teoría feminista más allá de los modelos individualistas de Iser y de la mayoría de los críticos de la teoría de la respuesta del lector. La lectora feminista está de acuerdo con Stanley Fish en que la producción de significados de un texto está mediada por la comunidad de interpretación en que se sitúa la actividad de lectura: el significado del texto depende de la estrategia interpretativa que se le aplique, y la elección de la estrategia está regulada (explícita o implícitamente) por los cánones de aceptabilidad que gobiernan a la comunidad interpretativa.³⁴ Pero, a diferen-

³⁴ Stanley E. Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Harvard University Press, Cambridge, 1980.

cia de Fish, la lectora feminista también está consciente de que las comunidades de interpretación dominantes son androcéntricas, y que ese androcentrismo se halla profundamente grabado en las estrategias y modos de pensar que han sido introyectados por todos los lectores, tanto hombres como mujeres.

Debido a que los constructos patriarcales tienen correlatos psicológicos, controlar el proceso de lectura significa controlar las propias reacciones e inclinaciones. Así, una lectora feminista —de hecho una relectura— es una especie de análisis terapéutico. La lectora recuerda y piensa en cómo leerla "naturalmente" un texto masculino para poder entender y, por lo tanto, minar las predisposiciones subjetivas que la habían vuelto vulnerable a los deseos de éste. Más allá de esto, la penetración de la inscripción masculina necesita de un remedio colectivo. La lectora feminista espera que otras mujeres se reconozcan en su historia y se unan a ella en su lucha por transformar la cultura.³⁵

"El feminismo afirma el punto de vista de las mujeres al revelar, criticar y examinar su imposibilidad."³⁶ Si no tuviéramos más que textos masculinos, esta oración, tomada del brillante ensayo de Catherine MacKinnon sobre la jurisprudencia, podría servir como definición del proyecto de la lectora feminista. El significativo corpus literario escrito por mujeres permite a las críticas feministas realizar una labor más amable: recuperar, articular y elaborar expresiones positivas del punto de vista de las mujeres y celebrar la sobrevivencia de este punto de vista a pesar de las fuerzas formidables que se le han opuesto.

Este nuevo interés por los escritos de las mujeres tiene como consecuencia que se preste menos atención a la hermenéutica negativa de desenmascarar aspectos ideológicos y en su lugar se dé prioridad a una hermenéutica positiva cuyo objetivo es recuperar y cultivar la cultura de las mujeres. Como ha dicho Shorwatter, la crítica feminista de la escritura femenina se propone

³⁵ Aunque la lectora es la "estrella" de la historia feminista de la lectura, esto no significa que los hombres estén excluidos del público. Por el contrario, se espera que al escuchar la historia feminista, los hombres se sentirán impulsados a revisar sus propias historias y a reflexionar sobre el hecho de que ellos también son seres con género y que, finalmente, controlarán su inclinación a apropiarse de lo universal a expensas de las mujeres.

³⁶ Catherine A. MacKinnon, "Feminism, Marxism, Method, and the State: Toward a Feminist Jurisprudence", en *Signs*, 8, 1981, p. 637.

articular la diferencia de las mujeres: ¿qué significa para una mujer expresarse por escrito? ¿De qué forma escribe una mujer como tal? Un punto central de este ensayo es que la crítica feminista también debería explorar el proceso correlativo de la *lectura*: ¿qué significa para una mujer leer sin condenarse a ocupar la posición del otro? ¿Qué significa para una mujer, leyendo como tal, leer literatura escrita por una mujer que escribe como mujer?³⁷

El ensayo de Adrienne Rich que se analizó en la sección anterior ilustra un contraste entre las lecturas feministas de textos masculinos y las lecturas feministas de textos femeninos. En el primer caso, el objeto a ser criticado, se vea como el enemigo o como síntoma de una situación maligna, es el texto en sí y *no* la reputación o el carácter del autor.³⁸ Este enfoque impersonal contrasta de manera marcada con el gran interés personal que tiene Rich por Dickinson. Más aún, es no sólo una cuestión de estar bien dispuesta hacia el texto. La lectura de Rich busca ir más allá del "deshablamiento del texto como un hecho vivo", el objetivo de la lectura estética establecido por Iser. Gran parte de la energía retórica del ensayo de Rich se dedica a la evocación de la personalidad de Dickinson, a infundirle vida como la presencia sustancial y palpable que anima a su obra.

A diferencia del primer capítulo de la historia feminista de la lectura, que se centra en una única heroína —la mujer lectora que lucha para salir del laberinto de los constructos patriarcales—, el segundo capítulo tiene dos protagonistas —la mujer lectora y la mujer escritora— dentro de dos contextos. El prime-

³⁷ Hay un enérgico debate entre las feministas sobre si es mejor destacar la similitud esencial entre hombres y mujeres, o su diferencia. Hay mucho que decir intelectual y políticamente en favor de ambas partes. Sin embargo, en un sentido, el argumento está centrado en una cuestión falsa, pues asume que la preocupación sobre la "diferencia" de las mujeres es incompatible con la preocupación sobre la humanidad esencial compartida por ambos sexos. Seguramente la "diferencia" puede ser interpretada como referente a lo que es distintivo de las vidas y obras de las mujeres, *incluyendo* lo que las hace esencialmente humanas, a menos que, por supuesto, sigamos presos de la noción de que el modelo estándar para la humanidad es masculino.

³⁸ Aunque los opositores de la crítica feminista con frecuencia encuentran conveniente caracterizar tales trabajos como un ataque personal a los autores, para las críticas feministas, la consideración primaria es la función del texto como portador de una ideología patriarcal, y su efecto en particular (pero no exclusivamente) sobre las lectoras. La culpa personal del autor es una cuestión relativamente menor.

ro es legal: una mujer da testimonio en defensa de otra; el segundo es dialógico: las dos mujeres se hallan enfrascadas en una conversación íntima. El contexto legal apunta hacia las dimensiones políticas y culturales más amplias del proyecto de la lectora feminista. Las críticas feministas muy bien pueden decir, con Harold Bloom, que la lectura siempre implica el "arte de la lucha defensiva".³⁹ Sin embargo, lo que quieren significar con esto no es el encuentro individualista y agonista que describe Bloom entre un "poeta fuerte" y un "lector fuerte", sino algo que se parece más bien a la "lucha de clases". Ya que se ocupe de textos escritos por hombres o por mujeres, la crítica feminista se halla ubicada dentro de la lucha más amplia contra el patriarcado.

La importancia de esta batalla no puede sobrestimarse. Sin embargo, las lecturas feministas de textos escritos por mujeres dan pie a otro proyecto crítico igualmente importante, es decir, la articulación de un modelo de lectura centrado en un paradigma femenino. Aunque todavía es demasiado pronto para presentar una teoría ya desarrollada, el aspecto dialógico de la relación entre la lectora feminista y la mujer escritora sugiere la dirección que esta teoría podría tomar. Como en todas las historias de la lectura, el drama gira en torno a la relación sujeto-objeto entre textos y lector/a. La historia feminista —ejemplificada por el ensayo de Adrienne Rich del que hablamos antes— presenta una construcción intersubjetiva de esta relación. La lectora no se encuentra simplemente con un texto, sino con un "objeto subjetivizado": el "corazón y la mente" de otra mujer. Establece un contacto muy íntimo con una interioridad —un poder, una creatividad, un sufrimiento, una visión— que no es idéntica a la suya. El interés feminista por interpretar la lectura como un encuentro intersubjetivo sugiere una afinidad con la teoría de Poulet (más que con la de Iser) y, como en el modelo de Poulet, el sujeto de la obra literaria no es el lector sino su autor: "Un libro es no sólo un libro; es un medio a través del cual alguien que escribe preserva ideas (de ella), sentimientos (de ella), modos de soñar y de vivir (de ella). Es un modo de proteger la identidad (de ella) de la muerte... Entonces, entender una obra literaria es

³⁹ Harold Bloom, *Kabbalah and Criticism*, Seabury, Nueva York, 1975, p. 126.

permitir que la persona que la escribió se nos revele dentro de nosotras".⁴⁰

A pesar de todas estas coincidencias iniciales, la relación dialógica que la lectora feminista establece con la subjetividad femenina que cobra vida a través del proceso de lectura discrepa finalmente con el modelo de Poulet. El autor interiorizado es un "extraño" para el lector de Poulet. Cuando lee se entrega "atado de pies y manos a la omnipotencia de la literatura". Se convierte en "presa" de lo que lee. "No hay manera de evitar esta invasión." Su conciencia queda "invadida", "anexada", "usurpada". Se le "despoja" del lugar que le corresponde por derecho dentro de su mente. En el análisis final, el proceso de lectura sólo deja lugar para una subjetividad. La obra se convierte en "una especie de ser humano" a "expensas del lector cuya vida suspende".⁴¹ Resulta significativo que las metáforas de dominio y sumisión, de violación y control, tan prominentes en el ensayo de Poulet estén por completo ausentes del ensayo de Rich sobre Dickinson. En el paradigma de lectura implícito en su ensayo, la dialéctica del control (que moldea las lecturas feministas de textos masculinos) cede ante la dialéctica de la comunicación. Para Rich, leer es una cuestión de "tratar de conectarse" con la existencia detrás del texto.

Esta dialéctica también tiene tres momentos. El primero consiste en el reconocimiento de que una verdadera comunicación intersubjetiva exige una dualidad lectora-autora (el sujeto de la obra). Ya que la lectura elimina la barrera entre sujeto y objeto, la división tiene lugar *dentro* de la lectora. La lectura induce a duplicar la subjetividad de la lectora, para que así una quede a dis-

⁴⁰ Poulet, *op. cit.*, p. 46.

⁴¹ *Ibid.*, p. 47. Como Culler ha señalado, el tema del control resulta prominente dentro de la corriente principal de la crítica de la teoría de la respuesta del lector. La historia de Poulet no es la excepción. La cuestión del control es importante en otro aspecto. Detrás de la pregunta de si el texto controla al lector o viceversa, está la pregunta sobre cómo regular la crítica literaria. Si el texto controla, entonces no hay problema. El texto mismo regulará el proceso de lectura. Pero si el texto no necesariamente controla, entonces, ¿cómo delimitamos las actividades de lectores y críticos? ¿Cómo podemos regular las interpretaciones extremas? La respuesta de Fish es de interés para la crítica feminista. Las presiones, dice, no son ejercidas por el texto, sino por las instituciones dentro de las cuales está situada la crítica literaria. Solo hay un pequeño paso de esta idea a la conciencia del carácter necesariamente político de la literatura y la crítica.

posición del texto, mientras que la otra permanece con la lectora. Ahora bien, esta duplicación presenta un problema, ya que de hecho sólo está presente un sujeto, la lectora. El texto —las palabras sobre la página— ha sido escrito por la autora, pero el significado es siempre una cuestión de interpretación. La subjetividad que cobra vida con la lectura, aunque bien puede atribuirse a la autora, no es, sin embargo, una subjetividad separada sino una proyección de la subjetividad de la lectora. ¿Cómo puede mantenerse una dualidad de sujetos cuando la autora está ausente? En una conversación, la presencia de la otra persona mantiene la dualidad. Debido a que cada quien debe asimilar e interpretar los enunciados del otro, sigue dándose la introyección de la división sujeto-objeto, además de la posibilidad de oír sólo lo que se quiere oír. Pero en una conversación real, la otra persona puede interrumpir, objetar una interpretación errónea, dar más explicaciones, cambiar de opinión, cambiar de tema, o incluso poner fin a la conversación. A la hora de leer, no hay protecciones de este tipo para salvaguardar al texto de ser apropiado por la lectora. El reconocimiento de que la lectura es necesariamente subjetiva es el segundo momento de la dialéctica. La necesidad de no dejar que se vuelva por *completo* subjetiva es lo que nos conduce al tercer momento de la dialéctica.

En la historia feminista, la clave del asunto está en percibir el doble contexto de la lectura y la escritura. El ensayo de Rich resalta maravillosamente ilustrativo. Para evitar imponer una perspectiva ajena a la poesía de Dickinson, Rich complementa su lectura con información acerca de las circunstancias en las que Dickinson vivió y trabajó. Repetidas veces se recuerda a sí misma y a sus lectoras que Dickinson debe leerse recordando *su* propio contexto, que las "exclusiones" y "necesidades" que sufrió y, por lo tanto, sus elecciones estaban condicionadas por su propio mundo. Al mismo tiempo, la sensibilidad de Rich para el contexto de la escritura tiene su contraparte en la sensibilidad que demuestra para el contexto de la lectura. Deja claro a lo largo de su ensayo que su lectura de Dickinson está necesariamente moldeada por su experiencia e intereses como poeta feminista que vive en los Estados Unidos en el siglo xx. La lectora también tiene sus propias premisas. Olvidarse de ello implica correr el riesgo de imponérselas de manera subrepticia a la autora.

Para recapitular, el primer momento de la dialéctica de la lectura está marcado por el reconocimiento de la dualidad necesaria de los sujetos; el segundo, por el reconocimiento de que esta dualidad se halla amenazada por la ausencia de la autora. En el tercer momento, la dualidad de los sujetos se asocia con la dualidad de contextos. La lectura se convierte en una mediación entre autora y lectora, entre el contexto de la escritura y el contexto de la lectura.

Aunque las feministas siempre han creído que la objetividad es una ilusión, el ensayo de Rich es el único del que tengo conocimiento que muestra a través de su retórica la subjetividad necesaria aunada a un compromiso igualmente necesario de leer el texto como debía ser leído.⁴² El tercer momento de la dialéctica queda de manifiesto en el entramado —no fusión— que crea Rich con el contexto de la escritura y el contexto de la lectura, la perspectiva de la autora y la de la lectora. El principal recurso retórico para lograr esto es su uso de una voz personal. Como en la mayoría de los ensayos críticos, Rich alterna citas del texto con sus propios comentarios, pero su uso de una voz personal hace una diferencia. En sus manos, esta estrategia retórica sirve para dos propósitos. En primer lugar, sirve como recordatorio de que su interpretación está moldeada por su propia perspectiva. En segundo lugar, deja constancia de su modo tan cuidadoso de acercarse a Dickinson; la voz personal es un gesto

⁴² El uso del tono conversacional personal se ha reconocido como una característica de la crítica feminista. Sin embargo, como Jean E. Kennard ha señalado ("Personally Speaking: Feminist Critics and the Community of Readers", *College English*, núm. 43, 1981, pp. 140-145), este compromiso teórico no es evidente en la apasante mayoría de ensayos críticos feministas. Kennard encontró solamente cinco artículos en los cuales la crítica "se expone abiertamente en el texto". (A los cinco que ella encontró, yo agregaría tres obras citadas en este ensayo: "Women, Energy, and *Middlemarch*", por Lee Edwards; "Feminism and Literature", por Florence Howe, y "Vesuvius at Home", por Adrienne Rich.) Kennard observa además que, incluso en los pocos ensayos que encontró, el tono personal está confinado a unos cuantos párrafos introductorios. Ella pregunta: "Si la crítica feminista ha permanecido en general fiel a los métodos y tonos familiares, ¿por qué los contactos artículos que tienen una voz personal evidente ocupan lugar tan importante en nuestras mentes?" Kennard sugiere que estas introducciones personales son invitaciones a "compartir una respuesta crítica que depende de creencias compartidas y no dichas y, en gran medida, de la experiencia; la experiencia de ser una mujer educada en una tradición masculina en la que ya no se encuentra cómoda". Por lo tanto, estos párrafos introductorios no indican "una metodología crítica transformada; son recursos para transformar al lector. Leo las últimas partes de estos ensayos —y, por extensión, de otra

que protege de toda inclinación a apropiarse de la autoridad del texto como justificación de la validez de una interpretación. Por que la interpretación se presenta como una *interpretación*, sus derechos para ser considerada válida se basan en la fuerza de los argumentos que la secundan, y *no* en la autorización del texto.

Rich logra aún más que esto. Le tiende la mano a Dickinson no identificándose con ella, sino estableciendo una afinidad. Ambas son estadounidenses, ambas son mujeres poetas dentro de una cultura patriarcal. Al hacer hincapié en estas afinidades, en lugar de destacar las diferencias, produce un contexto que incorpora tanto a la lectora como a la escritora. A su vez, este terreno común se convierte en la base para establecer las conexiones que, según ella, constituyen los objetivos correctos de la lectura.

Se podría preguntar: ¿hay algo distintivamente femenino (en lugar de "meramente feminista") en este modelo dialógico? Aunque resulta difícil especificar lo que podría significar "distintivamente femenino", existen hoy en día algunas especulaciones muy interesantes acerca de las diferencias que se dan en la forma en que los hombres y las mujeres se conciben a sí mismos y sus relaciones con los otros. Los trabajos de Jean Baker Miller, Nancy Chodorow y Carol Gilligan sugieren que los hombres se definen a través de la individuación y separación de los otros, mientras que las mujeres tienen sus egos delimitados de manera más flexible y se definen y se viven en cuanto a sus afiliaciones

crítica feminista— en una forma diferente porque he sido invitada a participar de lo clandestino [...] Soy parte de una comunidad de lectoras feministas" (pp. 143-144).

Yo ofrecería otra explicación, que no es necesariamente inconsistente con la de Kennard. Creo que el uso de un tono personal y conversacional representa un gesto abierto que indica el modo dialógico de discurso como el "ideal reglamentario" de todo discurso feminista. Los pocos ensayos—de hecho, los pocos párrafos introducidos— que afirman este ideal reglamentario son memorables porque tocan una fibra importante de un segmento significativo de la comunidad de críticas feministas. El grado en el que hemos sido afectadas o transformadas por esta idea estará implícito en la forma en que leamos el trabajo de otros, en particular las obras de otras mujeres. Aunque el ideal debe ser reafirmado abiertamente, con frecuencia no es necesario hacerlo en todos nuestros ensayos. Conservará su fuerza mientras sea asumido por una parte significativa de la comunidad. Yo discreparía con la distinción de Kennard entre los indicadores de una metodología crítica transformada y los recursos para transformar al lector. Debido a que esa metodología crítica es una función de las convenciones que operan implícita o explícitamente en una comunidad interpretativa—esto es, de la forma en que los miembros de la comunidad conciben su obra y de la forma en que se leen unos a otros—, los recursos para transformar a los lectores son también recursos para transformar la metodología crítica.

y relaciones con los demás.⁴³ Los hombres valoran la autonomía y conciben su interacción con los demás básicamente en términos de procedimientos de arbitraje en conflictos relacionados con derechos individuales. Las mujeres, por otra parte, valoran las relaciones, y en sus relaciones con los otros se preocupan sobre todo por negociar entre necesidades opuestas para que la relación pueda mantenerse. Esta diferencia es consistente con la diferencia entre los modelos predominantes de lectura y el modelo dialógico que propongo para la lectura feminista de textos escritos por mujeres. Las teorías predominantes de la respuesta del lector se ocupan de cuestiones de control y partición: cómo distinguir entre la contribución del autor-texto y la del lector. En la dialéctica de la comunicación presente en la relación entre la lectora feminista y la autora-texto, el tema central no es el control o la partición, sino el manejo de las implicaciones contradictorias de desear una relación (una debe mantener una distancia mínima con respecto al otro) y de desear una intimidad que llegue hasta, e incluya, una fusión simbiótica con el otro. La problemática está definida por el impulso "de conectarse", antes que por aquello que está implícito en la preocupación predominante por la partición y el control, es decir, el impulso de manejar el fenómeno correctamente. También podría decirse que el modelo de Poulet representa la lectura como un encuentro íntimo, intersubjetivo. Sin embargo, resulta significativo que, en su modelo, la idea de una relación cercana con otro provoque agitación y angustia. La intimidad, aunque deseada, es también vista como una amenaza a la integridad de uno. Para Rich, en cambio, la idea de fusionarse con otra resulta problemática pero no amenazadora.

Quiero terminar con unas palabras sobre los finales. Las historias dialécticas esperan finales optimistas. La mía no es una excepción. En el primer capítulo, la lectora se convierte en feminista y al final logra escapar de la lógica androcéntrica de los cánones críticos y literarios. En el segundo capítulo, la lectora

⁴³ Jean Baker Miller, *Toward a New Psychology of Women*, Boston, Beacon Press, 1976; Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1978; y Carol Gilligan, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.

feminista logra efectuar una mediación entre su perspectiva y la de la escritora. Estas "victorias" son parte del proyecto para producir una cultura y una tradición literaria de las mujeres, lo que a su vez es parte del proyecto para superar el patriarcado. Ser optimistas en torno a las posibilidades de cambiar la dirección del futuro forma parte de la naturaleza de las personas que trabajan para un cambio revolucionario.

Culler observa que los finales optimistas han sido cuestionados (con éxito, cree él) por la deconstrucción, método radicalmente opuesto a la dialéctica. Cabe hacer notar que hay un momento deconstruccionista en la lectura que hace Rich de Dickinson. Recordemos su tercera metáfora: la lectora es un insecto "vibrando contra los marcos de las ventanas, aferrándose a los vidrios, tratando de conectarse". La sugerencia de futilidad no puede pasar desapercibida. En el mejor de los casos, la interpretación que hace Rich de Dickinson podría considerarse como una "lectura muy equivocada", cuyo valor radica en su potencial para provocar otras lecturas equivocadas.

Podríamos decir esto, pero ¿es necesario? Para contestar esta pregunta debemos hacer otra: ¿qué arriesgamos al plantear que la lectura es imposible? En primer lugar, si la lectura es imposible, entonces no hay manera de decidir acerca de la validez de una interpretación, la misma noción de validez se vuelve problemática. Sin duda resulta útil que se nos recuerde que la validez de una interpretación no puede decidirse mediante la apelación a las "intenciones" del autor, a lo que está "en" el texto, o a lo que "forma parte" de la experiencia del lector. Sin embargo, hay otra forma de acercarse al problema de la validación, una que concuerda con el modelo dialógico de lectura descrito antes. Podemos pensar en la validez no como una propiedad inherente a una interpretación, sino más bien como una afirmación implícita en el acto de proponer una interpretación. Una interpretación, entonces, no posee ni carece de validez por sí misma. Su validez depende del acuerdo de los demás. Desde esta perspectiva, la interpretación que hace Rich de Dickinson, en la que acepta abiertamente estar condicionada por sus propias experiencias como una poeta del siglo XX, no es necesariamente una lectura equivocada. Al ofrecernos su interpretación, Rich afirma de manera implícita su validez. Es decir, leer un texto y después

escribir acerca de él es buscar conectarse no sólo con la autora del texto original, sino también con una comunidad de lectoras. Los límites de la validez de su interpretación coinciden con los límites del éxito que logre y con los límites que delimitan la comunidad de sus lectoras.⁴⁴

Tanto la lectura como la escritura feministas están ancladas en un interés por producir una comunidad de lectoras y escritoras feministas, y en la esperanza de que finalmente esta comunidad se expanda para incluir a todo el mundo. Claro está que este proyecto puede fracasar. La historia feminista puede aún terminar con el reconocimiento de que la lectura es imposible. Pero esto está por verse. En esta etapa creo que nuestro deber está en escoger el argumento dialéctico por encima del deconstruccionista. Resulta peligroso para las feministas estar excesivamente enamoradas del tema de la imposibilidad. En lugar de ello, deberíamos luchar por hacer realidad la afirmación de que es posible que una mujer, leyendo como mujer, lea literatura escrita por mujeres, pues esto resulta esencial si queremos convertir la empresa literaria en un medio para construir y mantener conexiones entre mujeres.

Traducción de CLAUDIA LUCOTTI

⁴⁴ Aquí hago uso de la definición de Jürgen Habermas de la verdad o validez como una pretensión (implícita en el acto de afirmar) que puede ser cumplida por medio del discurso —específicamente, por medio del discurso no dominado de una "situación ideal de habla" —. Para Habermas, el consenso adquirido por medio del discurso no dominado es una garantía de verdad. Ver "Wahrheitstheorien", en *Wirklichkeit und Reflexion: Walter Schulz zum 60. Geburtstag*, Pfullingen, Nesge, 1973, pp. 211-265. Estoy en deuda con Alan Soble por su traducción inédita de este ensayo.